

LOIS LOWRY



EL REGRESO DE LOS
WILLOUGHBY

EL REGRESO DE LOS
WILLOUGHBY

LOIS LOWRY

EL REGRESO DE LOS
WILLOUGHBY

Traducción de Jaime Valero

ANAYA

Título original: *The Willoughbys Return*

Para Jay y Ashley

1.ª edición: mayo de 2021

© Del texto: Lois Lowry, 2020
Publicado por acuerdo con Houghton Mifflin Harcourt
Publishing Company.

© De la ilustración de cubierta: Chloe Bristol, 2020

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2021

© Grupo Anaya, S. A., 2018

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Natalie Fondriest

ISBN: 978-84-698-8607-6

Depósito legal: M-7162-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiarren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	9
2	10
3	16
4	20
5	25
6	27
7	33
8	37
9	44
10	50
11	54
12	57
13	64
14	70
15	72
16	82
17	91
18	95

19	98
20	103
21	109
22	110
23	115
24	117
25	123
26	127
27	130
28	133
29	136
30	139
31	142
32	144
33	152
34	156
35	162
36	166
37	170
38	173
39	176
40	179
41	189

Portada del *New York Times*, un jueves del mes de junio:

**EL CONGRESO VOTA POR MAYORÍA
PROHIBIR LOS DULCES,
EN PRO DE LA SALUD DENTAL**

Ese mismo día, en una página interior de un periódico de Zúrich:

**MATRIMONIO ESTADOUNIDENSE,
CONGELADO EN LAS MONTAÑAS
SUIZAS DURANTE 30 AÑOS,
SE DESCONGELA ESPONTÁNEAMENTE.
LOS DOS APARECEN SANOS Y SALVOS**

Estos dos sucesos, según se comprobó después, estaban relacionados. Aunque es un poco lioso¹.

¹ Así que presta atención. Al principio te aturullarás un poco, pero vale la pena aguantar hasta el final. Tranquilo, luego no tendrás que hacer un comentario de texto.

En lo alto de una montaña suiza (era una cumbre de los Alpes, aunque una de segunda categoría, de escasa fama; no era el monte Cervino, ni esos otros que salen en las postales), una figura extraña y escarchada comenzó a moverse, provocando que se desprendiera una capa centelleante de nieve.

Habían pasado varios días muy soleados y calurosos. Semanas, de hecho. Incluso meses. Por todo el planeta, encogieron glaciares y se derritieron icebergs. Y en aquella cumbre insignificante, que llevaba eones cubierta de nieve, de repente comenzaron a aparecer rocas, lustrosas a causa del agua dejada por el deshielo. Surgieron brotes verdes por doquier y alguna que otra flor.

Y, ahora, un bulto móvil.

De pronto, junto a esa primera figura que se movía de un modo extraño, apareció otro bulto voluminoso y cubierto de nieve. Aunque parezca mentira, de uno de esos montículos ambulantes emergió una mano.

Retiró una porción de nieve, dejando un brazo entero al descubierto. Después apareció un segundo brazo.

El primer montículo se incorporó y, con esos brazos humedecidos por el deshielo, comenzó a sacudirse la nieve y a secarse el agua de la cara. Era un rostro recién descongelado, masculino, con el ceño fruncido. Miró a su alrededor, advirtió la presencia del segundo montículo y alargó una mano para darle un golpecito. Después le dio otro y otro más. Finalmente, el segundo bulto se incorporó, también con el ceño fruncido. Aquel bulto parecía femenino (aunque es difícil de decir, tratándose de un montículo).

—Seguro que tengo el pelo hecho un desastre —refunfuñó el segundo bulto.

Pero el primer bulto no le hizo caso. Estaba flexionando sus agarrotados dedos, los sacudió para desprender unas partículas de hielo. Finalmente, alargó la mano hacia su cadera derecha y se sacó del bolsillo una cartera chorreante.

—¡Lo sabía! —gruñó, mientras la abría—. ¡A la porra mi dinero! Está empapado. Se ha desintegrado casi por completo. Y se ha convertido en un fajo pastoso.

—¿Nuestros dólares?

—No, son esos ridículos francos suizos² que nos

² Casi todos los países europeos comenzaron a utilizar euros en 2002. Pero en Suiza, no. Ellos siguen prefiriendo sus francos.

obligaron a cambiar. No les llegan ni a la suela de los zapatos. Los dólares americanos no se deteriorarían tanto.

—¿Crees que al menos podremos usarlos para comprar comida? Tengo hambre.

—Pues claro que los aceptarán. Anda que no les gusta el dinero a estos suizos.

La mujer (porque eran una pareja: hombre y mujer) refunfuñó, se levantó a duras penas y luego se arrodilló.

—¿Dónde está mi bolso? No lo veo por ningún lado.

Puesta a cuatro patas, se puso a rebuscar entre la nieve derretida.

—¡Aquí! —exclamó—. ¡Ya lo tengo! Ugh... ¡Está empapado!

—No te preocupes por eso. ¡Y levántate! Pareces una cucaracha, arrastrándote de esa manera. Venga, bajemos al pueblo a tomar un tentempié rápido. Aunque tampoco es que vayamos a encontrar nada decente que comer en ese pueblucho de mala muerte. Después nos iremos en el primer tren que salga.

El hombre se irguió con cierta dificultad y volvió a guardarse la billetera mojada en el bolsillo.

El matrimonio, refunfuñando y protestando, consiguió descender lentamente y a trompicones por un lateral de aquella cumbre en pleno deshielo, pasando

junto a unos prados salpicados de vacas, en dirección al diminuto pueblo que se extendía a los pies de la montaña. La calle principal estaba flanqueada de casas pintadas con colores radiantes y de jardineras repletas de geranios y petunias. Encontraron mesa en una pequeña cafetería, donde comieron con avidez un estofado de ternera y engulleron tres copas cada uno de un vino bastante decente. Pero se llevaron un chasco cuando les trajeron la cuenta.

—Lo siento mucho —dijo el camarero, mientras contemplaba con aprensión el amasijo pastoso de francos suizos que le ofrecía aquel cliente—. No podemos *aseptarr dinerro mokjado*. Pero...

—¿*Mokjado*? Santo cielo, ¿es que no sabe pronunciar la palabra «mojado»?

—Mis disculpas, señor. Me *esforzarré* más. *Dinerro* húmedo podría *faler*, quizá. Pero *mokjado* no sirve.

—Dale una tarjeta de crédito, querido —sugirió la mujer.

Con un sonoro suspiro, el hombre extrajo una tarjeta platino de su cartera chorreante.

—Lo siento, señor... —El camarero examinó la tarjeta detenidamente—. Ah, señor *Villoughby*. Es que esta tarjeta *expirró* hace muchos años.

—¿Se pronuncia WILLOUGHBY, so cateto! ¿Por qué los suizos no pueden pronunciar la «W» como la gente normal?

—Lo lamento mucho, señor. Ojalá *pudiera* —repuso el camarero, con un gesto de fastidio que indicaba que le daba igual pronunciarla bien o no.

Entonces apareció el *maître*, sonriendo educadamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó, y se fijó mejor en la irritable pareja—. Anda, ya veo que se han descongelado. Aún siguen empapados.

—¿Descongelado? —bramó el señor Willoughby—. ¿De qué está...?

—Se quedaron congelados —explicó el *maître*, que consultó la fecha de la tarjeta de crédito—. Y ahora el hielo se ha derretido. Les ha ocurrido lo mismo a varios alpinistas.

—Y a muchas cabras —añadió el camarero—. Es por el calentamiento.

—¿Cuál?

—El calentamiento global, señor.

La señora Willoughby suspiró.

—Tú nunca te lo creíste, Henry. Y, ahora, mira. —Se dio una palmadita en la cabeza—. Mi peinado no podría estar más anticuado. Llévame a casa de una vez.

—Traíganme un teléfono —ordenó el señor Willoughby.

—Por supuesto —dijo el *maître*. Le hizo un gesto al camarero, que salió pitando a buscar uno—. Querrá llamar a su familia.

—¿Mi familia? —preguntó Henry Willoughby, con un respingo.

Su esposa soltó un bufido.

—Ay, porras, tenemos esos hijos insufribles. ¿Recuerdas su número de teléfono, Henry? ¿Sabemos siquiera dónde viven?

Su esposo se encogió de hombros.

—Lo olvidé. Pero no te preocupes por ellos. Contratamos a una niñera, ¿recuerdas?

—Ah, sí. La niñera.

—En cualquier caso, ellos son lo de menos —murmuró su marido—. Voy a llamar a mi banco.

El *maître* sonrió educadamente.

—Hace bien —dijo—. Nos deben ciento doce francos suizos por la cena. Espero que les gustara el estofado. ¿Quieren que les sirva más vino?



En esta alocada aventura de la disparatada familia, los señores Willoughby, que se han pasado treinta años congelados en una montaña suiza, ¡se han descongelado a causa del calentamiento global! Desaliñados, desorientados y tan gruñones como siempre, emprenden el camino de vuelta a casa. Pero su hijo, que ya es un hombre adulto y heredero de una fortuna, ¿logrará reconocerlos? ¿Se quedarán ellos pasmados al descubrir que son abuelos? ¿Y qué narices es un Uber?

Con esta historia de regreso al futuro, la célebre autora Lois Lowry vuelve a tejer una historia hilarante sobre la estrafalaria familia Willoughby.

Si aún no lo has leído:

«Una sátira de lo más inteligente».

Kirkus Reviews

En la lista de los más vendidos
del *New York Times*



1578716

ISBN 978-84-698-8607-6



9 788469 886076

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com